

## LA CULTURA DE LA PAZ

Durante largos años, los Papas han entregado al mundo para el 1º de Enero una reflexión sobre la paz desde el punto de vista del hombre común y corriente, pero a la luz de la revelación bíblica. Inspirado en esos documentos voy a hacer unas breves consideraciones.

La paz podría definirse como la ausencia de guerra. Y la guerra como una interrupción de la paz. Eso sería aceptar que el hombre, que la humanidad se mueven incesantemente entre estos dos polos. Un poco como los hermanos que a ratos pelean y a ratos se llevan bien. Pero hay padres, buenos educadores, que logran que sus hijos sean buenos hermanos y no peleen nunca, o casi nunca. Logran establecer en su casa una “cultura de la paz”. Así también quisiéramos que fueran los pueblos: que no pelearan nunca o casi nunca. Que el mundo viviera una cultura de paz.

Una antropóloga lituana, María Grinbutas -citada por Riane Eisler en “El Caliz y la Espada”- cree haber establecido que, antes de la llegada de los arios a Europa Central, se vivía allí una situación estable de paz: en las familias, en los clanes, entre las tribus, no había tensiones ni violencias: todo era armónico. Con la llegada de los arios, nos dice, todo cambió: el hombre dominó a la mujer, los padres a los hijos, los jefes a sus subalternos, los maestros a sus discípulos, los vencedores a los vencidos, los amos a los esclavos. Se entró en una era de dominación y de servidumbre, de castigo y de violencia. Todavía estaríamos en ese mundo, en esa cultura de la guerra. Pero mirando hacia atrás, encontraríamos el modelo de lo que puede ser una sociedad pacífica; mas aun descubriríamos que vivir en paz es lo natural, lo

normal y que la guerra es antinatural y anormal, por frecuente que sea y haya sido.

La guerra y la paz no son solo fenómenos políticos; al menos no empiezan siéndolo si bien llegan a serlo. La guerra y la paz son del orden de la cultura. Mas aun, de la conciencia, del ser profundo del hombre. Uno es pacífico o no lo es. Hombre de paz u hombre de guerra. Hombre de amor u hombre de odio, competitivo o solidario. “Bienaventurados los pacíficos”, dice Jesús en el Evangelio, los que viven en paz, los que aman la paz, los que “pacifican”, las personas con quienes alternan y los ambientes en los cuales viven.

Ser pacífico es tener del otro una imagen particular: el otro no es un competidor, un adversario, un enemigo, un peligro, una molestia: es un hermano. La Revolución Francesa después de ensalzar la libertad y la igualdad propuso una tercera meta: la fraternidad. Sin la cual, la historia lo ha demostrado, no funcionan ni la libertad ni la igualdad, por el contrario, se destruyen mutuamente. En ausencia de fraternidad la libertad crea desigualdad y la igualdad supone tiranía.

Para ser y sentirse hermanos hay que tener un padre común. En la medida en que los hombres reconocen ese padre común -que solo puede ser Dios- pueden mirarse unos a otros como hermanos, sentirse unidos por un vínculo vital, por un origen común. En la medida en que se ha ido apagando el sentido de la paternidad divina, se ha ido debilitando el sentido de la fraternidad humana: es la historia de la humanidad desde la Torre de Babel hasta Hiroshima.

El camino que nos lleva hacia una cultura de la paz pasa por una conversión personal: hay que llegar a ser pacífico, hay que tener la decisión,

el coraje y la paciencia requeridos para ser hombre o mujer de paz. Y luego hay que dar testimonio en la vida diaria, durante las 24 horas del día y en todo lugar y circunstancia de que uno está establecido en la paz. Y cuando surge el conflicto -inevitable- afrontarlo como hombre de paz: con humildad, con paciencia, mediante el diálogo, oyendo al otro y tratando de que él nos oiga y, llegado el momento, con fuerza, pero una fuerza controlada, restauradora de la paz alterada. Esa es la cultura de la paz. El día en que los padres y madres de familia, los educadores, los comunicadores, los empresarios y los trabajadores, las autoridades administrativas y los dirigentes políticos sean hombres y mujeres de paz, compartan la cultura de la paz, el mundo cambiará. Y de hecho está cambiando. Son los pacíficos los que atajan los cataclismos que ya se habrían producido si ellos no estuvieran allí. Son ellos los que impedirán lo que podría ocurrir si ellos no siguieran estando allí y creciendo en número, en convicción y en irradiación.

A los pacíficos el Evangelio les ofrece un premio: “Serán llamados hijos de Dios”. Es el camino inverso del que hemos indicado. Para ser hermanos, decíamos, hay que reconocer un padre común. Los que actúan como hermanos, dice el Evangelio, dan testimonio de que tienen un padre común de que son hijos de un mismo padre y de que este padre es Dios. El testimonio de la fraternidad nos hace remontar hacia la paternidad divina. Ser pacífico es ser hermanos de los hombres, ser pacífico es ser hijo de Dios.

A fines del siglo pasado, el Santo Padre convocó a Roma a los Obispos del Continente Americano. Fue el “Sínodo de la Iglesia en América”. Al terminar la reunión que duró varias semanas, se dio a conocer las conclusiones. “El cristiano del siglo XXI, dicen el Papa y los Obispos de América, será un hombre o una mujer que haya tenido un contacto personal

con Dios que le cambió la vida, un convertido. Será además un hombre o una mujer que irradie amor en sus relaciones interpersonales o en sus pertenencias grupales. Una persona que se siente que nos quiere, que quiere a todos. Y será finalmente una persona solidaria con todos los hombres y mujeres del mundo, sin distinción de raza, de patria, de religión, de partido o de cultura. Acaso sean hombres y mujeres imbuidos de ese espíritu, movidos por el amor, abiertos a todos, que hayan tenido un contacto íntimo con Dios o una experiencia íntima en su conciencia, quienes con su conciencia en paz, establecerán una cultura de la paz que hará posible un mundo en paz.

+ Bernardino Piñera C.  
Arzobispo Emérito de La Serena